

PRÓLOGO

A veces la vida se resume en un gesto que nadie ve.

Una sonrisa que finges en una mesa llena de ruido.

Un «sí, todo bien» que dices sin haber entendido la mitad.

Un brindis que llega dos segundos tarde.

Un silencio que no eliges, pero te acompaña desde siempre.

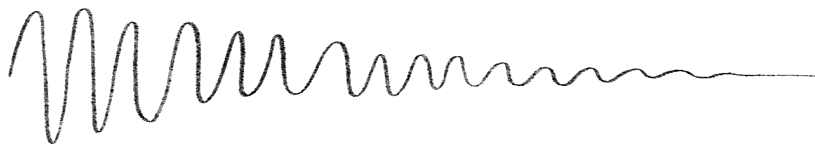


Desde fuera, cualquiera diría que llevo una vida normal: una familia que me quiere, un trabajo que disfruto y aficiones que me mantienen vivo. Siempre he sido sociable, de los que se sienten cómodos rodeados de gente. Me encanta el deporte —surf, skate, snowboard, fútbol—, y quienes me conocen suelen quedarse con esa imagen: la de alguien sin problemas, sin sombras, sin nada fuera de lo común.

Pero hay una parte de mí que casi nadie percibe.

Recuerdo los primeros años de mi infancia con mucho cariño, llenos de amor y de momentos que hoy sigo guardando como tesoros. Mis abuelos, mis padres, mi hermana —a la que adoro— formaban un hogar sólido, de esos que te protegen incluso cuando aún no sabes que vas a necesitarlos más adelante. Y aunque esa etapa fue feliz, despreocupada y luminosa, también estaba atravesada por sensaciones que, de niño, no sabía interpretar... pero que ahora, con los años, empiezan a encajar.





Uno de mis primeros recuerdos es el de una autocaravana naranja: tosca, fea, y, según cuentan, más empeñada en dejarnos tirados que en llevarnos a destino. Pero también era la que nos llevaba a paisajes nuevos cada día. Con sus averías y su torpeza, tenía algo de «hogar». No porque fuese perfecta, sino porque, pese a todo, avanzaba con nosotros. A su manera, era como yo.

Yo era un niño feliz... pero había algo que no entendía.

Podía captar los gestos, las caricias, los abrazos. Podía sentir la alegría de los demás. Pero no sabía por qué reían. No descifraba las palabras. Veía cómo los demás se iluminaban, cómo celebraban algo que yo no lograba escuchar.

Sencillamente... porque no podía oírlas.

Nací con una pérdida auditiva severa, lo que se conoce como hipoacusia neurosensorial bilateral. Suena complejo, pero significa algo sencillo: mi nervio auditivo no funciona como debería. Los sonidos que para cualquiera



son cotidianos —la lluvia, una conversación, la voz de un profesor, una serie en la televisión— para mí eran ruido, sombras, ecos sin forma. Nada que pudiera completar una frase.

Sé que cuesta entenderlo si nunca lo has vivido. Pero intentaré que lo visualicéis: despertarse un día y descubrir que todo lo que oís es confuso, distante, incompleto. Que cada día escucháis un poco menos. Y que pensáis que eso es lo normal, porque no tenéis palabras para explicarlo.

Más adelante hablaré de lo que supuso crecer así: de lo invisible que puede ser esta discapacidad, y de la incompreensión que nace cuando los demás no ven lo que te está pasando.

Hoy escucho muy poco, pero siento mucho. Y, aun así, nunca he querido vivir una vida «diferente». La palabra «discapacidad» siempre me ha parecido injusta: describe lo que falta, no lo que queda. Yo aprendí a construir mis propias capacidades, no porque quisiera ser fuerte, sino porque no tenía alternativa.

Jamás he recibido una educación especial —la verdad, tampoco la he querido— y, a día de hoy, puedo decir con orgullo que jamás se me ha regalado nada. He luchado cada segundo, cada minuto de mi existencia para llegar a donde estoy, convirtiendo las zancadillas en trampolines, los golpes en armaduras y las frustraciones en nuevos retos.

Con el tiempo entendí algo importante: no basta con luchar para que te escuchen. También hay que aprender a escucharse uno mismo. Escuchar sin prisa, sin necesidad de tener razón. Escuchar con el alma, no solo con los oídos.

Mucha gente evita escuchar porque cree que cada opinión es una batalla, como si escuchar implicara estar de acuerdo. Pero escuchar es simplemente prestar atención de verdad, con la voluntad sincera de entender.

He descubierto que todo el mundo tiene algo interesante que decir, aunque a veces no sepamos cómo hacerlo llegar. Escuchar bien puede cambiarlo todo: las relaciones, el trabajo, la manera de mirar el mundo.

Porque la verdadera comunicación no nace del sonido, sino de la atención.

Y cuando aprendemos a escuchar de verdad, dejamos de hablar sobre los demás para empezar a hablar con los demás.

*Me llamo Diego Rodríguez Crespo
y esta es mi historia.*